

Agatha Christie®

TESTIGO DE CARGO

Uno de los **JUICIOS**
más **EMBLEMÁTICOS**
de la literatura



AGATHA CHRISTIE
TESTIGO DE CARGO

Traducción de C. Peraire del Molino



The Witness for the Prosecution Copyright © 2011 Agatha Christie Limited.
Todos los derechos reservados.

El logo del monograma AC es marca comercial, AGATHA y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.
Usados con permiso.
Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie®

Traducción de C. Peraire del Molino

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: junio de 2019
ISBN: 978-84-670-5599-3
Depósito legal: B. 10.891-2019
Composición: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Testigo de cargo	9
La señal roja	39
El cuarto hombre	67
SOS	93
La radio	123
El misterio del jarrón azul	145
Philomel Cottage	173
Accidente	205
El segundo gong	221

El señor Mayherne se ajustó las gafas mientras se aclaraba la garganta con una tosecilla seca muy característica en él. Luego volvió a mirar al hombre que tenía delante, un hombre acusado de asesinato.

El señor Mayherne era un hombre menudo, de ademanes precisos, pulcro, por no decir afectado, en su modo de vestir, y con unos ojos grises de mirada astuta y penetrante. No tenía un pelo de tonto. Muy al contrario, como abogado, el señor Mayherne gozaba de una gran reputación. Su voz, cuando se dirigió a su cliente, fue áspera pero no antipática.

—Debo insistir en que se encuentra en una situación muy delicada. Por tanto, es imprescindible que hable con la mayor franqueza.

Leonard Vole, que contemplaba embobado la pared desnuda que tenía frente a él, miró al abogado.

—Lo sé —dijo con desaliento—. No para de decírmelo. Pero sigo sin comprender que se me acuse de asesinato... ¡Asesinato! Y, además, de un crimen tan cobarde.

El señor Mayherne era un hombre práctico y poco impresionable. Volvió a carraspear, se quitó las gafas, las limpió con cuidado y se las puso otra vez. Después dijo:

—Sí, sí, sí. Mi querido señor Vole, vamos a realizar un esfuerzo decidido para salvarlo, y lo conseguiremos, lo conseguiremos. Pero debo conocer todos los hechos. Tengo que saber hasta qué punto pueden ser graves las acusaciones. Basándonos en eso, determinaremos la mejor línea para la defensa.

El joven continuó mirándolo con expresión boba y desalentada. Al señor Mayherne el caso le parecía perverso y tenía muy claro que el detenido era culpable, pero ahora, por primera vez, dudaba.

—Usted me cree culpable —afirmó Leonard Vole en voz baja—. Pero ¡le juro por Dios que no lo soy! Comprendo que todo está en mi contra. Soy como un hombre atrapado en una red, rodeado por su malla, en la que me enredo me vuelva hacia donde me vuelva. Pero ¡no fui yo, señor Mayherne! ¡Yo no lo hice!

En semejante posición, un hombre ha de clamar su inocencia. Eso lo sabía el señor Mayherne. Sin embargo, y a su pesar, estaba impresionado. ¿Y si Leonard Vole era inocente después de todo?

—Tiene usted razón, señor Vole —dijo en tono grave—. Este caso se presenta muy negro. Sin embargo, acepto su declaración de inocencia. Ahora, pasemos a los hechos. Quiero que me diga exactamente, con sus propias palabras, cómo conoció a la señorita Emily French.

—La conocí un día en Oxford Street. Vi a una señora mayor que cruzaba la calle cargada de paquetes. Se le cayeron en mitad de la calzada, intentó recogerlos, vio que se le echaba encima un autobús y sólo tuvo tiempo de llegar a salvo a la acera, aturdida y perpleja por los gritos de la gente. Recogí sus paquetes, les limpié el ba-

rro lo mejor que pude, até uno que se había soltado y se los devolví.

—Pero ¿usted no le salvó la vida?

—¡Oh, no, pobre de mí! Todo lo que hice fue un simple acto de cortesía. Ella se mostró muy agradecida, me dio las gracias calurosamente y comentó que mis modales no eran como los de la mayoría de los jóvenes de hoy; no recuerdo las palabras exactas. Entonces le dije adiós y me marché. No esperaba volver a verla, pero la vida está llena de coincidencias. Aquella misma noche coincidí con ella en una fiesta que daba un amigo mío en su casa. Me reconoció en el acto e hizo que nos presentaran. Entonces supe que era la señorita Emily French y que vivía en Cricklewood. Estuve hablando con ella un buen rato. Imaginé que se trataba de una de esas ancianas que sienten simpatía repentina por las personas, y eso era lo que le había ocurrido conmigo por haber realizado una acción bien sencilla que cualquiera habría hecho. Cuando se disponía a abandonar la fiesta, me estrechó la mano y me rogó que fuese a visitarla. Yo, como es natural, respondí que con mucho gusto, y entonces insistió para que fijara una fecha. No me entusiasmaba la idea, pero rehusar habría sido descortés y prometí ir el sábado siguiente. Cuando se hubo marchado, supe algunas cosas de ella por mis amigos: que era rica, excéntrica, que vivía sola con una doncella y que, por lo menos, tenía ocho gatos.

—Ya veo —exclamó el señor Mayherne—. ¿De modo que la cuestión de su posición económica surgió tan pronto?

—Si insinúa que yo hice averiguaciones... —comenzó a decir Leonard Vole acalorado, pero el señor Mayherne lo detuvo con un gesto.

—Tengo que enfocar el caso tal como lo presentará la otra parte. Un observador cualquiera no habría imaginado que la señorita French tuviera dinero. Vivía de forma austera, de manera casi mísera, y a menos que le hubieran dicho lo contrario, usted habría pensado que era pobre, por lo menos al principio. ¿Quién le comentó que gozaba de una buena posición?

—Mi amigo George Harvey, el anfitrión de la fiesta.

—¿Cree que hay alguna posibilidad de que lo recuerde?

—No lo sé, la verdad. Ya ha pasado tiempo.

—Cierto, señor Vole. Comprenda, el primer objetivo del fiscal será establecer que usted andaba escaso de recursos, lo cual es cierto, ¿no es así?

Leonard Vole se ruborizó.

—Sí —dijo con voz apagada—. Por aquel entonces pasaba por una mala racha del demonio.

—Cierto —repitió el señor Mayherne—. Y precisamente cuando andaba escaso de recursos económicos, conoció a esta anciana acaudalada y cultivó su amistad con asiduidad. Ahora, si estuviéramos en posición de poder decir que usted no tenía la menor idea de que era rica, y que la visitó sólo por pura cortesía...

—Es la verdad.

—Lo creo. No se lo discuto. Lo miro desde el punto de vista de otro. Todo depende, y mucho, de la memoria del señor Harvey. ¿Es probable que recuerde esa conversación o no? ¿Podría un abogado confundirlo y hacerle creer que tuvo lugar más tarde?

Leonard Vole reflexionó unos instantes y luego dijo con bastante firmeza, pero muy pálido:

—No creo que eso surtiera efecto, señor Mayherne.

Varios de los presentes oyeron su comentario, y un par de ellos bromearon diciéndome que había conquistado a una vieja rica.

El abogado procuró esconder su desaliento con un ademán.

—Es una lástima —dijo—. Pero le felicito por su franqueza, señor Vole. Es usted quien debe guiarme; tiene buen juicio. Seguir mi planteamiento sería desastroso. Debemos dejar ese punto. Usted conoció a la señorita French, la visitó y su amistad fue progresando. Necesitamos una razón clara para todo esto. ¿Por qué un joven de treinta y tres años, bien parecido, aficionado a los deportes, popular entre sus amigos, dedica tanto tiempo a una anciana con la que no debe de tener mucho en común?

Leonard Vole extendió ambas manos en un gesto de impotencia.

—No sabría decirle. La verdad es que me sería difícil explicárselo. Después de la primera visita, insistió en que volviera, dijo que se sentía sola y desgraciada. Me resultó imposible negarme. Me mostró tan abiertamente su simpatía y afecto que me colocó en una posición incómoda. Verá, señor Mayherne, tengo un carácter débil, me dejo llevar, soy de esas personas que no saben decir que no. Y créame usted o no, como prefiera, pero después de la tercera o cuarta visita descubrí que iba tomándole verdadero afecto. Mi madre falleció cuando yo era niño, y la tía que me educó murió también antes de que yo cumpliera los quince años. Si le dijera que disfrutaba sinceramente viéndome cuidado y mimado, estoy seguro de que se reiría de mí.

El señor Mayherne no se rio. En vez de eso, volvió a quitarse las gafas para limpiarlas, lo que era siempre

una clara señal de que estaba reflexionando detenidamente.

—Acepto su explicación, señor Vole —dijo por fin—. Creo que es posible psicológicamente. Ahora bien, que un jurado vaya a aceptarlo es otra cuestión. Por favor, continúe. ¿Cuándo le pidió la señorita French por primera vez que se encargara de sus asuntos?

—Después de mi tercera o cuarta visita. Ella entendía poco de asuntos de dinero y estaba preocupada por ciertas inversiones.

El señor Mayherne lo miró con presteza.

—Tenga cuidado, señor Vole. La doncella, Janet Mackenzie, declara que su ama era una mujer muy entendida en cuestiones de negocios y que llevaba todos sus asuntos personalmente, cosa que ha sido corroborada por el testimonio de sus banqueros.

—¿Y qué quiere que le diga? —respondió Vole con vehemencia—. Eso es lo que ella me contó.

El señor Mayherne lo contempló en silencio unos instantes. Aunque no tenía intención de decirlo, en aquellos momentos se reforzó su fe en la inocencia de Leonard Vole. Conocía algo de la mentalidad de las señoras mayores. Veía a la señorita French entusiasmada con el apuesto joven, buscando pretextos para atraerlo a su casa. ¿Qué cosa más lógica que fingir ignorancia en cuestiones de negocios y suplicarle su ayuda para sus asuntos económicos? Ella era una mujer con suficiente experiencia para comprender que cualquier hombre se sentiría halagado por el reconocimiento de su superioridad. Leonard Vole se había sentido así. Quizá tampoco quiso ocultarle que era rica. Emily French había sido siempre una mujer decidida, dispuesta a pagar por lo que deseaba.

Todos esos pensamientos pasaron rápidamente por la mente del señor Mayherne, pero no lo traslució, y formuló otra pregunta.

—¿Y usted se ocupó de sus asuntos como ella le pidió?

—Sí.

—Señor Vole —dijo el abogado—, voy a hacerle una pregunta muy comprometida, y es vital que me conteste la verdad. Usted se encontraba en apuros económicos. Tenía en sus manos la gestión de los asuntos de una anciana, una anciana que, según su propia declaración, sabía muy poco o nada de negocios. ¿Utilizó en alguna ocasión, o de alguna manera, los valores que manejaba en su propio beneficio? ¿Realizó alguna transacción en su provecho que pueda comprometerle? —Contuvo la respuesta del otro—. Espere un momento antes de responder. Ante nosotros se abren dos caminos. O bien hacemos hincapié en su probidad y honradez para llevar los asuntos encomendados, al tiempo que insistimos en la improbabilidad de que cometiera un crimen para conseguir un dinero que podía obtener por medios mucho más sencillos; o bien, si hizo algo que pueda ser probado por el fiscal, si, hablando claro, se puede probar que usted estafó a la anciana en algún aspecto, seguimos una argumentación basada en que usted no tenía motivos para cometer el crimen, puesto que ella ya representaba una fuente de ingresos rentable para usted. ¿Ve la diferencia? Ahora, le suplico que se tome tiempo para contestar.

Pero Leonard Vole no necesitó pensarlo.

—Siempre llevé los asuntos de la señorita French con total honradez y de forma legal. Actué en su interés lo mejor que supe, como podrá comprobar quien se lo proponga.

—Gracias —dijo el señor Mayherne—. Me ha quitado un gran peso de encima. Y le concedo el favor de creerle demasiado inteligente para mentirme en un asunto de tanta importancia.

—Desde luego —replicó Vole con ansiedad—, el punto más fuerte a mi favor es la falta de motivo. Si damos por hecho que cultivé la amistad de una anciana rica con la esperanza de sacarle el dinero, que en definitiva es lo que usted ha estado insinuando, ¿su muerte no habría frustrado mis propósitos?

El abogado lo miró fijamente y luego, con deliberación, repitió la operación de limpiar sus gafas y no volvió a hablar hasta que se las hubo colocado de nuevo.

—¿Sabe usted, señor Vole, que la señorita French ha dejado un testamento y que usted es el principal beneficiario?

—¿Qué? —El detenido se puso en pie de un salto. Su sorpresa era evidente y espontánea—. ¡Cielos! ¿Qué está diciendo? ¿Me ha dejado su dinero?

El señor Mayherne asintió lentamente. Vole volvió a sentarse con la cabeza sujeta entre las manos.

—¿Pretende hacerme creer que no sabía nada del testamento?

—¿Pretender? No hay pretensión que valga. Yo no sabía nada.

—¿Y si le dijera que la doncella, Janet Mackenzie, jura que usted lo sabía? ¿Que su señora le contó claramente que le había consultado a usted acerca de este asunto y le había comunicado sus intenciones?

—¡Le diría que miente! No, voy demasiado deprisa. Janet es una mujer ya de cierta edad. Era el fiel perro guardián de su señora y yo no le caía bien. Estaba celosa y sos-

pechaba de mí. Yo diría que la señorita French le confió sus intenciones, y que ella lo entendió mal, o en su interior se convenció de que yo había persuadido a la anciana para que lo hiciera. Me atrevería a asegurar que ha acabado creyendo que la señorita French se lo dijo realmente.

—¿Piensa que usted le desagrada hasta el punto de mentir de forma deliberada en esta cuestión?

Leonard Vole pareció sorprendido.

—¡No, por supuesto! ¿Por qué habría de odiarme?

—No lo sé —respondió el abogado pensativo—. Pero está muy resentida con usted.

El desgraciado joven volvió a lamentarse.

—Empiezo a comprender —murmuró—. Es horrible. Dirán que yo la convencí, eso es lo que dirán. Que la induje a redactar un testamento para dejarme su dinero y luego fui allí aquella noche. Que no había nadie más en la casa y que al día siguiente la encontraron muerta. ¡Oh, cielos, es horrible!

—Se equivoca usted en lo de que no había nadie más en la casa —señaló el señor Mayherne—. Janet, como usted recordará, tenía la noche libre. Salió, pero a eso de las nueve y media regresó a buscar el patrón de la manga de una blusa que le había prometido a una amiga. Entró por la puerta de atrás, subió a buscarlo y luego volvió a salir. Oyó voces en el salón, aunque no pudo distinguir lo que decían, pero jurará que una era la de la señorita French y la otra la de un hombre.

—A las nueve y media... —dijo Leonard Vole—. A las nueve y media... —Se puso de pie de un salto—. Entonces estoy salvado. ¡Salvado!

—¿Qué quiere usted decir con salvado? —exclamó el señor Mayherne estupefacto.

—¡A las nueve y media yo estaba de regreso en mi casa! Mi esposa puede corroborarlo. Dejé a la señorita French a eso de las nueve menos cinco, llegué a mi casa cerca de las nueve y veinte. Mi esposa estaba esperándome. ¡Oh, gracias al cielo, gracias al cielo! Y bendito sea el patrón de Janet Mackenzie.

En su exaltación, apenas se dio cuenta de que el semblante grave del señor Mayherne no había variado, pero sus palabras lo hicieron bajar bruscamente de las nubes.

—Entonces ¿quién cree usted que asesinó a la señorita French?

—Pues un ladrón, desde luego, como se pensó al principio. Recuerde que habían forzado la ventana y que la mataron golpeándola con una palanqueta que se encontró en el suelo junto al cadáver. Además, faltaban varias cosas. A no ser por las absurdas sospechas de Janet y su antipatía por mí, la policía no se habría apartado de la verdadera pista.

—Eso no servirá, señor Vole —dijo el abogado—. Las cosas que desaparecieron eran baratijas que se llevaron para despistar. Y las marcas en la ventana no eran nada convincentes. Además, piense. Dice que no estaba en la casa a las nueve y media. ¿Quién era entonces el hombre que Janet oyó hablar con la señorita French en la sala? No es probable que mantuviera una conversación amistosa con un ladrón.

—No —replicó Vole, que parecía intrigado y abatido—. No. Pero, de todas maneras —agregó con renovada energía—, yo quedo descartado. Tengo una coartada. Debe usted hablar con Romaine, mi esposa, enseguida.

—Desde luego —se avino el abogado—. Ya habría hablado con ella si no hubiera estado ausente cuando

usted fue detenido. Telegrafíé a Escocia enseguida, y tengo entendido que regresa esta noche. Pienso ir a verla en cuanto salga de aquí.

Vole asintió con una expresión satisfecha.

—Sí, Romaine se lo confirmará. ¡Cielos, qué suerte he tenido!

—Perdone, señor Vole, pero ¿quiere mucho a su esposa?

—Desde luego.

—¿Y ella a usted?

—Romaine me adora. Haría cualquier cosa por mí.

Habló con entusiasmo, pero el abogado sintió crecer su desaliento. ¿Merecería crédito el testimonio de una esposa devota?

—¿Alguien más lo vio regresar a las nueve y veinte? ¿Una doncella, por ejemplo?

—No tenemos doncella.

—¿Se encontró a alguien cuando regresaba?

—A nadie que yo sepa. Tomé el autobús. Es posible que el cobrador me recuerde.

El señor Mayherne negó con la cabeza sin demasiado convencimiento.

—Entonces ¿no hay nadie que pueda confirmar el testimonio de su esposa?

—No. Pero ¿acaso es necesario?

—Creo que no, creo que no —respondió el abogado apresuradamente—. Otra cosa más. ¿Sabía la señorita French que estaba usted casado?

—Sí, por supuesto.

—Aun así, nunca le presentó a su esposa. ¿Por qué? Por primera vez Leonard Vole titubeó al responder.

—No lo sé.

—¿Es consciente de que Janet Mackenzie dice que su señora le creía soltero y que esperaba casarse con usted en el futuro?

Vole se echó a reír.

—¡Eso es absurdo! Nos llevábamos cuarenta años.

—No sería el primer caso —replicó el abogado en tono seco—, me consta. ¿Su esposa nunca conoció a la señorita French?

—No —respondió secamente.

—Permítame que le diga que me resulta difícil comprender su actitud en este asunto —dijo el señor Mayherne.

Vole se sonrojó antes de contestar.

—Voy a hablarle con franqueza. Yo andaba apurado de dinero, como usted sabe. Confiaba en que la señorita French me hiciera un préstamo. Me apreciaba, pero le traían sin cuidado las dificultades de un matrimonio joven. No tardé en descubrir que había dado por hecho que mi esposa y yo no nos llevábamos bien, que estábamos separados. Señor Mayherne, yo quería el dinero para Romaine. No dije nada y dejé que la anciana pensara lo que le viniera en gana. Comentó que yo era para ella como un hijo adoptivo. Nunca surgió la cuestión de un posible matrimonio, esa idea es fruto de la imaginación de Janet.

—¿Y eso es todo?

—Sí, eso es todo.

¿Hubo cierta vacilación en su respuesta? El abogado pensó que sí. Se levantó y le tendió la mano.

—Adiós, señor Vole. —Miró su rostro ojeroso y habló impulsivamente—. Creo en su inocencia a pesar de la multitud de hechos que hay en su contra. Espero probarla y resarcirle por completo.